



El Excmo. Sr. D. Pedro Cebrian y Agustin, Conde de Fuenclara. Grande de primera clase en España. Sr. de varias Baronías y Villas, Cab. del Toison d'Or, y C. de S. Genaro del Consejo de S. M. Comendador en el de Alcantara, de las Puéblas, Mayordomo mayor de la Reina de Nápoles, y Sr. Infante de Nápoles. Embaxador por S. M. a Venecia, Polonia, Viena y Nápoles. Virrey Gob. y Cap. G. de esta N. España y Pres. de su R. Audiencia y Chancilleria, Virrey 4.º año de 1743.

Lit. de la R. de Margara e hijos.

Don Pedro Cebrian y Agustin

...por haber sido el pase. Boturini había ido a la península para ocuparse en el real ser-
vicio y luego se resolvió pasar a México para escribir la historia general de Nueva-
España y la particular de la Virreyn de Guadalupe, cuyas historias concurren ya forma-
das por los indios, expresando el origen y peregrinaciones de sus antepasados, sus
costumbres y leyes civiles y militares con geroglíficos en papel de maguay, palma ó ca-
moteño y en pieles, cuyos documentos consignó a costa de fuertes desembolsos reuniendo
los veinte tomos grandes y otros tantos pequeños. Aprobado por los reyes se envió en
un paño y despojado de la tapa y papeles, se presentó voluntariamente en Océano en la
caja de contratación de donde pasó a México y en un momento fueron trasladados sus
documentos a una pieza en el Real de Indiferente.

CUADRAGESIMO VIREY.

**DON PEDRO CEBRIAN Y AGUSTIN,
CONDE DE FUENCLARA.**

Fue el último virey que por entonces tuvo la dignidad de grande de España y el título que llevaba lo había tenido por primera vez D. Enrique de Aragon. El conde de Fuenclara se embarcó en el puerto de Rochefort el 15 de Julio de 1742; á los cincuenta y tres dias de navegacion llegó al de Guarico y prosiguiendo su viaje entró á Veracruz el 5 de Octubre, de donde salió el 9 para ir á la capital; reconoció en el puerto las fortificaciones, revistó la guarnicion y tuvo diferentes conferencias con el gobernador. Llegado á México el 3 de Noviembre, tomó posesion del vireinato sin usar de la facultad que tenia de hacerlo por apoderado y lo desempeñó con aprobacion general hasta Julio de 1746. De paso por Jalapa puso el alcalde mayor de este pueblo en manos del virey una carta circular de D. Lorenzo Boturini, en que participaba haberle llegado un Breve del cabildo de la iglesia vaticana para poder coronar con oro á la imágen de la vírgen de Guadalupe, venerada en su Santuario, donde habian de quedar las armas de San Pedro y de la casa de Esfoccia, y que para pagar el costo de la corona y los gastos de la funcion era preciso contribuir con los fieles, por lo que le encargaba influyese con los vecinos del distrito para que ocurriesen con dones de oro, plata y piedras preciosas. Apenas llegado el virey á México dispuso se averiguara judicialmente quién era D. Lorenzo Boturini y que le recogiesen cualesquiera breves, despachos y papeles, así como los valores que hubiera reunido con destino á la coronacion.

De las investigaciones resultó que era un extranjero que habia pasado á Nueva-España sin la licencia correspondiente y que al Breve se le habia dado el pase por el Real Acuerdo sin tener el del Consejo. Boturini meditaba escribir sobre asuntos de las Indias y esto lo dijo al mostrar los papeles que habia ido reuniendo para ello; enseñó las alhajas que le habian dado y no obstante su buena fé le puso el virey en las casas de cabildo en calidad de preso, y le hizo entregar las historias manuscritas, los mapas en pieles y los papeles con geroglíficos. Se mandó archivar los documentos y que se formara un resumen ó catálogo de ellos; el reo fué enviado con los autos del asunto á España en el navío «Concordia,» y fueron reprendidos los miembros de la Audiencia

Por haber dado el pase. Boturini habia ido á la península para ocuparse en el real servicio y luego se resolvió pasar á México para escribir la historia general de Nueva-España y la particular de la Virgen de Guadalupe, cuyas historias encontró ya formadas por los indios, espresando el origen y peregrinaciones de sus antepasados, sus imperios y leyes civiles y militares con geroglíficos en papel de maguey, palma ó gusano y en pieles, cuyos documentos consiguió á costa de fuertes desembolsos reuniendo veinte tomos grandes y otros tantos pequeños. Apresado por los ingleses el navío en que iba y despojado de la ropa y papeles, se presentó voluntariamente en Cádiz en la casa de contratacion, de donde pasó á Madrid y á su pedimento fueron trasladados sus documentos á una pieza alta en el palacio de México.

Boturini, en cuya suerte influyeron notablemente las ideas del virey conde de Fuenclara, era natural de la villa de Sondrio, obispado de Como en Italia, nacido por el año de 1702; hizo sus estudios en Milan y luego pasó á Viena en donde residió por mas de ocho años, hasta que obedeciendo una orden de la Corte de España, acerca de los caballeros españoles, dejó el territorio austriaco al declararse nuevamente la guerra entre las dos naciones en 1733; Boturini se trasladó á Portugal y España recomendado al ministro Patiño por el infante D. Manuel. Obligado á permanecer en Madrid porque continuaba la guerra, lo persuadió la condesa de Santibañez, descendiente del emperador Moctezuma, á que pasase á Indias y en Mayo de 1735 le dió sus poderes para que cobrase una pension de mil pesos sobre las cajas reales de México. Aceptado el encargo y pensando en otros proyectos se embarcó Boturini, olvidando sacar el pasaporte indispensable á todo extranjero que pasaba á Indias, sin que por ello se opusiese nadie á su embarque ni á su entrada á Nueva-España que fué en 1736.

Llegado á México fué á visitar el Santuario de la Virgen de Guadalupe y como era natural en un viajero devoto y curioso, preguntó las circunstancias de la aparicion y le informaron de ellas añadiendo que en el dia casi no contaba el suceso mas que con la tradicion, ya porque no habian existido ó ya por haberse perdido los instrumentos auténticos de la aparicion. Boturini quiso «moyido de un superior tierno impulso,» suplir esta falta buscando documentos antiguos que pudiesen servir para confirmar la verdad del milagro, y poniéndose desde luego á la obra empleó seis años para reunir los materiales, ocupándose á la vez en viajar y en tratar y familiarizarse con los indígenas para inspirarles confianza y conseguir que le descubriesen mapas y manuscritos antiguos que dejaron ocultos sus mayores, empresa muy árdua si se atiende al carácter de los indios. Al buscar Boturini los documentos que probasen el milagro de Guadalupe, hallaba con mas frecuencia otros importantísimos para la historia de Nueva-España y que no tenian relacion con aquel, y con tal hallazgo se propuso escribir la historia antigua de este país sin abandonar su primer intento sobre el milagro de la aparicion, haciéndose de una inestimable coleccion de manuscritos y pinturas antiguas, cuyo mérito se conoce por los inventarios que se hicieron al recogerle sus papeles. Retirado al Santuario de Guadalupe en una pequeña ermita, se dedicó con ardor al estudio, pero habiendo solicitado de Roma el que se le concediese coronar públicamente su imágen favorita con una corona de oro y concediéndosele la gracia, dió la casualidad que los despachos llegaron sin el «pase» del Consejo y como se se dificultaban las comunicaciones porque el mar estaba infestado de corsarios, ocurrió Boturini á la Audiencia que le dió dicho «pase» sin dificultad.

Teniendo que hacer Boturini todos los gastos de la funcion y no poseyendo capital

se dirigió á los obispos, deanes y cabildos, á las Audiencias de Guadalajara y Guatemala y á porcion de autoridades y personas particulares, pero los auxilios que recibió fueron insignificantes. Por esa época llegó á Jalapa el virey conde de Fuenclara y aconteció lo que hemos referido. Boturini se presentó al Consejo de Indias para que se le castigara si era culpable y en caso contrario se le indemnizara de los perjuicios que habia sufrido. El Consejo reconoció su inocencia y consultó que debia concedérsele una pension por el trabajo que habia empleado en recoger tantos documentos; fué nombrado por el rey historiógrafo de Indias con mil pesos de sueldo, y se le concedió que volviera á México y se le devolviesen todos sus papeles para que pudiera escribir la historia que meditaba; pero la devolucion de los papeles no llegó á tener efecto, ni Boturini quiso regresar á México; permaneció en España trabajando en la composicion de su historia y por el mes de Abril de 1749 presentó al Consejo el primer tomo con el título de «Cronología de las principales naciones de la América septentrional,» y antes de imprimirlo, para lo que tenia licencia, le sorprendió la muerte. Los papeles del difunto pasaron á poder del Consejo que mas tarde los remitió á la secretaria del vireinato, y aunque fueron reclamados por los herederos de Boturini, así como los sueldos que habia devengado, el valor del museo y el producto de la impresion del primer tomo, nada pudieron conseguir aun despues de muchos años. El tiempo y el abandono acabaron con dichos papeles; dejó escritas tres obras: «La idea de una nueva historia general de la América septentrional,» la «Cronología» arriba mencionada y otra sobre fundamentos acerca de la aparicion de la Virgen de Guadalupe.

Habia mandado la Corte que si por accidentes de la guerra llegaba á Nueva-España el conde de Fuenclara sin título, fuera sin embargo reconocido como virey tan solo identificando la persona, así como habia sido recibido el duque de la Conquista. Segun Panes, era el conde de Fuenclara de natural muy pacífico y afable, cuidadoso del aseo, limpieza y bienestar de la ciudad, estimulando con sus buenos modos á los vecinos para que concurriesen á estas obras útiles. Rematóse en su gobierno por siete años el estanco de la nieve en quince mil quinientos veintidos pesos, negocio muy malo para el erario pues solamente en la capital producía quince mil pesos; el juego de gallos que proporcionaba grande diversion y que segun el P. Cabo trae su origen de China, quedó en veinte mil por nueve años; concurría á ese espectáculo mucha gente de la mas selecta de la sociedad.

Casi al tomar posesion del gobierno el conde, arribó á Acapulco el galeon de Filipinas, nombrado «Nuestra Señora de la Cobadonga,» y hecha la feria como de costumbre, el virey y el Consulado dieron orden de que se embarcaran los caudales en el galeon que se habia detenido el año anterior y que estuviese listo para darse á la vela al comenzar la primavera, reservando para el tiempo acostumbrado la marcha del navío que acababa de llegar y así se verificó llevándose un mes de diferencia. Entretanto George Anson, que se habia ido á abrigar en las islas Marianas, supo allí que no habia salido de Nueva-España el galeon y desde luego resolvió retirarse á la China á carenar el «Centurion» y retornar en el siguiente año suponiendo hacer dos en lugar de una presa, consolándose con tal esperanza de las vicisitudes que habia sufrido en aquel viaje, pues no solamente habia perdido los demas navíos de su escuadra, sino tenido que incendiar el navío de guerra «Glocester.»

Hecha la reposicion del «Centurion», en Typa, despues de ejercer mucha vigilancia por haber sabido que los comerciantes de Manila querian incendiarlo por medio

de los amigos que tenían en Canton, se dirigió á este punto donde esparció la voz de que marchaba á Batavia y despues á Inglaterra; pero saliendo al mar hizo saber á la tripulacion que iba en pos de los galeones que habian de arribar á Filipinas, cuya noticia fué tan bien recibida que por tres veces victorearon al capitán los suyos, y habiendo descubierto el 20 de Mayo el cabo del Espíritu-Santo en la isla de Samal, que era la primera que buscaban los galeones de Nueva-España y donde se ponian atalayas desde la primavera para advertirles si habia ó no corsarios en aquel mar, se presentó á esa altura sin acercarse á tierra y al cabo de un mes apareció el galeon «Nuestra Señora de Cobadonga» y puso la proa en demanda del «Centurion» cuyas intenciones conoció; la batalla comenzó luego que ambas embarcaciones estuvieron á tiro de cañon y fué muy reñida durante dos horas disponiendo ambas partes de iguales armas; pero aunque los españoles eran en mayor número, su navío que estaba mas bien destinado á la carga, no podia usar de la artillería ni hacer las evoluciones navales con la prontitud del «Centurion.» Largo tiempo estuvo dudosa la victoria, hasta que Anson dispuso que se colocaran en las gabias treinta fusileros de los mejores que tenia para que no dejaran á ningun español en el alcázar y combes del galeon; esto decidió el combate en favor de los ingleses, teniendo ya los españoles ciento cincuenta fuera de combate y arriaron bandera; cuando el corsario iba á tomar posesion de la presa, le avisaron que se habia dado fuego á la pólvora que tenían los artilleros y que el incendio se comunicaba á las obras exteriores del «Centurion;» Anson disimuló cuanto pudo su sobresalto, y ya apagado el incendio pasó á ocupar el galeon á cuyo bordo dejó unos cuantos marineros para las maniobras, trasladando al «Centurion» y encerrando en una bodega mas de trescientas personas de todos estados y calidades. Registrado el navío capturado fueron encontrados un millon trescientos trece mil ochocientos cuarenta y tres pesos y en barras cuarenta mil cuatrocientos sesenta y tres marcos, haciendo los piratas poco aprecio de las preciosas mercancías de la Nueva-España. Anson, entristecido al saber del capitán español que el otro buque habia salido para Filipinas un mes antes, se dirigió á Filipinas. El virey y el Consulado fueron acusados de la pérdida del galeon «Cobadonga,» suceso que se supo en México hasta el siguiente año de 1744, señalábase por causa la falta de prudencia, diciendo que si hubieran ido juntos los dos galeones no habria acontecido la fatal pérdida.

Hallando el virey á su regreso un corto caudal en las cajas, procuró cubrir siquiera los gastos de la tropa y socorrer las islas y presidios de Barlovento y la escuadra del general Rodrigo de Torres; pero faltándole recursos aun para esto, solicitó un préstamo de millon y doscientos mil pesos del Consulado y del comercio, ofreciendo para el pago las rentas de alcabalas que tenían arrendadas; con esa cantidad y otras recogidas de varias cajas y cien mil pesos que adelantó el conde de S. Pedro del Alamo, hecho entonces mariscal de campo, se completaron los gastos espresados; aun habia una falta considerable para cubrir todos los demas de la administracion, siendo mayores las dificultades en cuanto á que la guerra en España exigia gastos considerables que no podia hacer sin la ayuda de las colonias, de donde para extraer algun dinero eran necesarias muchas precauciones. Uno de los principales fondos que recibia España era el relativo á la Cruzada de vivos y difuntos que estaba destinado á la propagacion de la fé católica y esterminio de los infieles; las predicaciones de ella se hacian entonces cada dos años; pero las anteriores lo habian sido en cada uno. Todos los navíos de guerra llevaban por lastre cantidad considerable de cobre para moneda y artillería.

Habiéndose retirado de Puerto-Bello el almirante Vernon á causa de una fuerte epidemia, dispuso el virey que las milicias que estaban en Veracruz regresaran á sus respectivas jurisdicciones, tanto para evitar gastos á la Real Hacienda como para impedir siguieran ejerciendo las enfermedades sus estragos en un clima tan enfermizo; en el puerto quedó la tropa de pié fijo formando el cuerpo de dragones y el de infantería, y en las poblaciones cercanas listas las milicias para marchar tan pronto como fuera necesario, ordenando el virey se tuviera la precaucion de hacer pasar á Orizava las arcas reales y las de particulares tan luego como las circunstancias lo exigieran y enviar los ganados hácia el interior, pues cada dia eran mas temidos los ingleses. A fines de Febrero, 1744, se dió una batalla en los mares de Provenza que tuvo influjo en el porvenir de Nueva-España. Mandaba las escuadras aliadas de Francia y España Mr. Decourt, quien dispuso darse á la vela en aquel dia; pero al hacerse á la mar chocaron los bajel-les franceses el «Leopardo» y la «Volage,» por lo que ambas escuadras dieron fondo en la ensenada de Santa Margarita; al dia siguiente 20 volvieron á ponerse en movimiento y se mantuvieron bordeando las islas de Hieres en las cuales permanecia fondeada la escuadra inglesa al mando del almirante Mathews. Saliendo los ingleses se empeñó la batalla el dia 22, contando los españoles y franceses con veintiocho navíos y los ingleses con veintinueve, y habiendo sufrido mucho ambas partes se retiraron y luego fueron reforzados los ingleses.

España tenia gastos de mucha consideracion con los ejércitos que sostenia en Italia y Saboya, en la escuadra del Mediterráneo y en el apresto y habilitacion de las fuerzas de mar y tierra que sostenia en Indias; para cubrirlos solicitó el rey un préstamo de dos millones de pesos á cada uno de los estados secular y eclesiástico, pues para este último obtuvo del Pontífice Benedicto XIV el permiso necesario. El valor anual de las rentas de Nueva-España era de tres millones trescientos ochenta y tres mil novecientos setenta y ocho pesos, y lo que necesitaba para sus compromisos ascendia á cinco millones ochocientos doce mil, por donde se ve que habia una diferencia de cerca de dos y medio millones, cuya falta se cubria con productos de la Cruzada y algunos donativos y anticipaciones del comercio. Con esto el virey, á pesar de sus deseos de remitir á España algunas cantidades, no podia lograrlo, ni mejorar en nada el estado del erario; solamente el presidio de Veracruz que antes presupuestó ciento cincuenta y dos mil pesos, habia subido á mas de cuatrocientos mil, y la Armada de Barlovento gastaba sobre cien mil pesos mas de lo presupuestado. Además de los gastos exigidos en Europa habia que hacer otros originados de la necesidad de desalojar á los ingleses de varias islas entre ellas las de Ruatan, Guanaja y Masaquera, dictando para ello órdenes el secretario del Despacho de Indias, guerra, marina y hacienda, marqués de la Ensenada, cuyos mandatos dispuso el rey fueran obedecidos como si él mismo los dictara.

En el Atlántico seguia muy perjudicado el comercio á causa de la guerra que con furor continuaba, inundándolo escuadras enemigas que impedian á los españoles la carrera de Indias. Por estas razones subieron de valor en Nueva-España todos los efectos á tal grado, que fué preciso que los obispos publicaran pastorales y que se acordase la reduccion del adorno de las iglesias; pero no obstante tan mal estado, el conde de Fuenclara se manejó de tal modo que México no se resintió tanto como era de esperarse de lo que pasaba; poco á poco aumentó el producto de las rentas reales rematando el estanco de pólvora, salitre y agua fuerte por diez años en setenta y un

mil quinientos cincuenta pesos anuales, acuñándose ese año en la Casa de Moneda ocho millones ciento doce mil pesos; á su proteccion se debió la reedificacion del acueducto de Chapultepec y la calzada conocida con el nombre de S. Antonio Abad; tomó el mayor empeño en mejorar el aspecto de la ciudad, comisionando al regidor diputado de arquerías D. José Dávalos para aquella obra, haciéndose el gasto de la sisa del vino, aguardiente y vinagre que entraba á la ciudad y estaba destinado á ese fin, produciendo ciento cincuenta mil pesos anuales, y organizó por disposicion de la Corte, la expedicion que recorrió la barra de Tampico y la que á las órdenes del teniente coronel D. José de Escandon pasó á poblar la Sierra-Gorda, no distante de Querétaro, donde se formaron ocho misiones de franciscanos; por empeño de Fuenclara fueron recogidas las noticias sobre las posesiones españolas de América que originaron en nuestro país la publicacion del «Teatro Americano» de Villaseñor, nombrado por el virey para ese objeto, y cuyo primer tomo vió la luz en 1746, imprimiéndose el segundo dos años despues. El «Teatro Americano» trata de la situacion, vecindario y comercio de todos los lugares dependientes del vireinato de México, se compuso á consecuencia del mandamiento del rey librado el 9 de Junio de 1741, ordenando á los tres vireyes de las Indias que se hiciese una exacta descripcion de sus gobiernos.

El gasto de las obras de los alrededores de México se hacia de los propios que tenia la ciudad que eran diez y nueve mil ochocientos pesos que rentaban las aguas y el Parian; además ocho mil quinientos que daban las casas y tiendas de la calle de la Monterrilla y S. Bernardo, ciento cuarenta las casas bajas del Rastro y Hornillo, y los tres mil quinientos que producía el arrendamiento del Rastro y de la carnicería mayor; novecientos que daba el remate del fiel contraste en la ciudad, y mil el del campo; mil trescientos en que se remataba la plaza mayor; mil que valía la correduría mayor de la Lonja y cincuenta que pagaba el pregonero, debiendo añadirse lo que importaran las mercedes de agua; de dicho fondos eran pagados los regidores y ministros en lo cual se empleaban diez mil pesos; el rédito de varios censos que ascendía á siete mil seiscientos sesenta y cuatro; las propinas anuales que montaban á tres mil cuatrocientos; tres mil pesos que se daban al contratista de la composicion de las cañerías, y el sobrante era destinado á obras públicas y gastos del Ayuntamiento.

El cuidado que se habia tenido en disminuir la ociosidad y que los soldados de caballería pasaran á los barrios de la capital para evitar las guerrillas que se formaban, y el que muchos delinquentes españoles hubieran sido enviados á Veracruz y su castillo, Florida y Panzacola y á los obrajes los de color quebrado, mejoró el aspecto de la capital. El conde de Fuenclara dispuso además que todas las justicias hicieran rondas y publicó un bando contra los que portaran armas cortas, ó las fabricaran; hizo que se le ampliaran las facultades al alcalde provincial de la Hermandad D. José Velazquez Lorea, y pretendió que fuera reducido el número de las iglesias en que se gozara inmunidad. También atendió el conde á finalizar la conquista de las Californias emprendida desde D. Fernando Cortes en 1523 y continuada por los vireyes y algunas personas particulares, contándose entre los que mas trabajaron con aquel objeto los padres jesuitas Salvatierra, Quino y Pícolo. Descubierto ya que la California no era isla sino península, quedó arreglado que las conversiones fueran de Norte á Sur para impedir que los indígenas se escaparan.

Los gastos precisos de la colonia y el mal estado de la hacienda, no impidieron que el virey abriera un nuevo préstamo que ascendió á mas de cien mil pesos. Habíanse

disminuido los productos por haber concluido el comercio de Filipinas desde que apresó el gefe de escuadra Anson la nao con cerca de millon y medio de pesos, cuyo suceso disgustó mucho á la Corte. En cambio tuvo facultades el virey para beneficiar cuatro llaves de gentiles-hombres de cámara; ocho títulos de Castilla, libres de lanzas y media anata; cuatro grados de brigadieres de ejército y ocho de coroneles de infantería y caballería é igual número de tenientes coroneles, debiendo procurar que las cantidades que dieran por ellos excedieran á las que hasta entonces habian valido. Para inspeccionar la hacienda fué enviado á México D. Francisco Fernandez Molinillo, ministro del Consejo. Habiendo vuelto á presentarse los corsarios en el mar del Sur, despachó el conde de Fuenclara á toda prisa un buque al Cabo Corrientes, en California, para que avisara al galeon que aun partió de Filipinas, descargara en Matanchel, aunque mas enfermizo que Acapulco, y ejecutándose así tuvo efecto en ese punto la feria, á la que concurrieron muchos mercaderes de la Nueva-Galicia.

Habiendo atacado los ingleses la Guayra fueron rechazados, y con tal motivo celebráronse fiestas en la Nueva-España y alentándose el virey procuró organizar una expedicion para desalojarlos de las islas de Honduras. Declarada la guerra por el rey cristianísimo al de Inglaterra, elector de Hannover, en 15 de Marzo de 1744, volvieron las desconfianzas en el comercio. Desde el principio de las turbulencias suscitadas despues de la muerte del emperador Carlos VI, habia Francia pretendido ejercer preponderancia en los sucesos de Europa; pero se encontró con las pretensiones de la Inglaterra que mucho influía en la Corte de Viena; á pesar de esto una convencion reunida en Hannover en Octubre de 1741 pareció haber asegurado la tranquilidad; mas separándose de ella el rey inglés enemigo de la Francia, suscitóle otros por todas partes en las cortes de Europa; entonces los piratas ingleses se multiplicaron y fué bloqueado el puerto de Tolon. El comercio de Nueva-España resintió las consecuencias del desorden y la inseguridad y sufrió mucho por la liga que existía entre los intereses franceses y los españoles, afirmándose la alianza entre ellos por el casamiento de la Infanta María Teresa con el Delfin, hijo primogénito del rey cristianísimo; cuyos contratos matrimoniales firmáronse en el Buen Retiro el 13 de Diciembre de 1744, celebrándose los desposorios en el mismo Real sitio. Con tal motivo tuvieron efecto en Nueva-España las demostraciones de costumbre; el 18 de Junio siguiente cantóse un Te-Deum en Catedral y se dijo misa en accion de gracias á la que asistieron la Real Audiencia y los tribunales, habiendo repique general la víspera; el corregidor y la ciudad dispusieron que hubiera luminarias por tres noches.

El conde de Fuenclara tuvo que entender en el asunto de un alboroto ocurrido en Puebla en Agosto de 1744, viéndose obligado á enviar tropas de México para sofocarlo, á petición del alcalde mayor de esa ciudad, y comisionó á D. Domingo Balcárcel para que averiguase la causa de la sublevacion y procediera contra los culpables; el asunto fué pueril y muy diverso de lo que se creyó al principio: determinado el obispo de la Diócesis á publicar la visita de su obispado esplicando los fines de ella, hizo solemnizar el acto con repiques; creyendo la plebe que se trataba de la canonizacion del Venerable D. Juan de Palafox, dió expansion á su júbilo que interpretó mal el alcalde é hizo reunir las milicias en la plaza y colocar los pedreros en frente de la puerta de palacio, lo que aumentó la muchedumbre sobre la cual se arrojó la caballería y al dispersarla resultaron algunos heridos; despues de las averiguaciones el alcalde fué destituido.

Los muchos pleitos que entre sí sostenian los oidores de Guadalajara hacia que tam-

bien los asuntos marcharan mal en la Nueva-Galicia, donde intervino el virey y procuró introducir la concordia. Deseando corregir algunos vicios de que adolecía el comercio destinó para lugar de residencia de los cargadores y comerciantes el pueblo de Jalapa y fué señalada la manera de vender las mercancías. Muchos individuos se habian quedado en Nueva-España para negociar por su cuenta, separadamente del cuerpo del comercio; estudiaron las necesidades y gustos de los habitantes y traian los géneros de acuerdo con ello; contra tal comercio representó el Consulado alegando que de esa manera se hacia un mal á los pobres á quienes les compraban sus frutos á precios bajos, y solicitó que precisamente Jalapa ú otro punto determinado fuera el único donde se pudieran tratar ó vender los géneros y frutos de América; pretendia tambien el Consulado que vinieran siempre reunidos varios buques mercantes, á lo cual se oponia la casa de contratacion y la Universidad de cargadores á Indias. El rey queriendo conciliar los intereses, dió un mes de plazo á los comerciantes de México para que pudieran comprar en Jalapa la carga que trasportasen los navíos de registro, despues de cuyo plazo ya no podrian impedir que las mercancías pasaran á México ú otras poblaciones, no permitiéndose nunca que las vendieran al menudeo, pero sí el cambio por frutos del país. Impidióse á la vez que se aumentara el comercio con Filipinas para proteger el de España, no pudiendo exceder de un millon de pesos la cantidad que de retorno llevaran los galeones.

El virey obligó á usar trage de golilla á los que les correspondia, y sabiendo que de Lóndres habian salido cuarenta navíos al mando del comandante Barret, con el fin de ir á ejercer el corso en el mar del Sur, tomó las precauciones convenientes para evitar fueran sorprendidas las costas. Tambien en Jamayca se preparaban los ingleses para invadir el rio de San Juan en Nicaragua, contando con los indios que hacia tiempo consideraban como sus aliados, y se proponian amagar las ciudades de Granada y Leon; el virey dió sus órdenes al gobernador de Guatemala é hizo que el de la Habana mandase cien soldados á Nicaragua, de cuya provincia fué nombrado gobernador D. Alonso de Heredia y para Honduras el coronel D. Juan de Vera, con absoluta jurisdiccion y autoridad en lo tocante á guerra. Los muchos daños y perjuicios que se seguian de los juegos de naipes, dados y otros á los que se dedicaba porcion de gente ociosa y de costumbres depravadas, hizo que el rey dispusiera quedaran prohibidos, pues entre otros males venia el de la perturbacion de la paz pública. Varias leyes habian ya prohibido los juegos de envite imponiendo graves penas á los transgresores; pero léjos de ser observadas hasta los ministros de justicia tenian mesas de juego en sus casas y gran parte de la sociedad jugaba aunque con el pretesto de sacar limosnas para hospitales y otras obras piadosas y en aquel desórden estaban muchas ocasiones complicados los eclesiásticos. El conde de Fuenclara pretendió remediar tanto mal aplicando las leyes para estirpar y desarraigat el escándalo originado de los juegos de suerte, permitiendo solamente los juegos lícitos y de pura diversion en las casas de personas principales en los términos señalados por las leyes.

Originándose considerables perjuicios á Nueva-España y Filipinas de que se hubiese interrumpido la carrera de los galeones, dispuso el rey continuaran como antes y tambien que fuera dividido convenientemente el importe de los negros apresados en buques ingleses. Desde entonces dejó de cobrarse á los corsarios españoles el ocho por ciento que debian dar de todas las presas que hicieran, atendiendo á los gastos crecidos que tenian que erogár en el armamento y conservacion de las embarcaciones.

Asuntos de otra naturaleza ocuparon la atencion de Fuenclara, pues habiendo entrado dos religiosos franciscanos de la provincia de Nuevo-México á la de los Navajoes, y reducido á su fé mas de cinco mil individuos, el virey contribuyó de la manera que le fué posible al aumento y sosten de esa y otras reducciones, proporcionando á los misioneros que entendian en ellas todos los socorros y auxilios que necesitaran para hacer mas cumplido el logro de lo que se propusieron. Hasta entonces no habian podido ser sujetados los indígenas moquies de la misma provincia, sublevados desde 1716; los jesuitas habian pretendido hacerlo pero se les opusieron los franciscanos á cuyo cargo habian estado dichos indios, y habiendo tomado parte en el asunto el obispo de Durango consiguió que los jesuitas ejecutaran sus designios; pero trabajando sin cesar los franciscanos obtuvo el provincial de ellos fray José Antonio de Oliva que los jesuitas no continuaran en las reducciones de Nuevo-México.

Entre el virey y el alcalde mayor de la ciudad de Puebla apareció un disgusto á causa de que habiendo pasado el segundo á México usaba en su carruaje cuatro mulas á tiros largos y Fuenclara quiso impedirlo; pero el rey falló en favor del alcalde. No obstante haberle desaprobado algunos de sus actos le fué aumentado al conde de Fuenclara su sueldo hasta cuarenta mil pesos al año. A pesar de esto, su quebrantada salud le hizo renunciar el gobierno, pues padeciendo un accidente los médicos le prescribieron tranquilidad y le anunciaron que poco viviria, por lo cual quiso pasar á España donde habia dejado á su familia. En Noviembre de 1745 le fué concedida la licencia para que tan luego como llegara su sucesor y tomara posesion del vireinato, pudiera restituirse á la Metrópoli, dejando procurador para su residencia y las fianzas correspondientes. El virey conde de Fuenclara, que por sus hechos seguia muy querido de los mexicanos, entregó el mando en Julio de 1746 á D. Juan Francisco de Güemes y Horcasitas que dejaba el gobierno de la Habana para pasar al de México. Vuelto á España fué nombrado embajador á Viena y allí arregló el matrimonio de uno de los hijos de Felipe V.